

eterna contienda, que las destrozó.—Si esta voz de la historia y la conciencia fuera desoída, yo me estremezco presintiendo los resultados de nuevas luchas, porque ningún escándalo, ni aún la tiranía reputo alejado de nuestros horizontes, sino por la consagración de la libertad en la forma que la revolución ha impreso al destino de los pueblos y á la pasión de los hombres.—Cuando el deber moral se anuncia con caracteres axiomáticos, desprendiéndose del lago de sangre que, dejamos á la espalda, ¿qué alma sacrílega querrá clavar de nuevo el puñal en los senos de la sublime mártir, y atizar las cálidas cenizas del incendio para saciar ambiciones? Sólo una es bella, porque la enseña Dios: la ambición de la libertad. Bendita su germinación bienhechora, que embraveció los pueblos y transformó al esclavo en un solo y divino arranque; bendita, porque enseña la unidad del destino popular, y la ley de paz de las turbas argentinas: amor para el ciudadano, luz para el alma del gaucho, hogar para sus hijos y tumba para sus padres!

¿Hay, podría preguntárseme, una misión cívica de acuerdo con ese ideal y susceptible de ser definida?...Sin duda, señores, y voy á indicarla sin salir de mi terreno, porque es mi corolario. Esa misión no es otra, sino nacionalizar la vida del argentino. Me explicaré. Este hombre viril improvisador y poeta, que ha vivido de quimeras hermosas como Platón, y les ha ofrecido su sangre con abnegación incomparable, vive poco de sí mismo, vive poco del elemento inte-

rior y no sabe leer en el libro indígena de la suprema ciencia práctica.

La tiranía de Rosas cayó al empuje de la fusión social. En los quince años que desde aquel día van corridos, tomando en cuenta las instituciones radicadas, hemos consagrado los hechos y las pasiones determinativas de la política interna.—Hemos salvado la nacionalidad, la tradición indivisible de nuestra vieja patria, eclipsada un día entre la algazara de los partidos que llegaron á olvidarla. Cuando el sentimiento predominante en 1851 acercó los extremos y resplandeció de nuevo, el amor nacional sereno y radioso tornó á posesionarse de las almas, ahogando todos esos amores sin savia, hijos de las pasiones, que cierran los ojos á la historia y viven de una atmósfera ficticia sin brisas y sin luz. Nuestro derecho constitucional tiene sin duda deficiencias pero no esenciales, y sancionadas las formas democráticas que el instinto popular apoya y el modelo más avanzado de los gobiernos libres autoriza y abona, hemos resuelto el terrible problema en que se estrellaron durante medio siglo las fracciones que lo encararon con fanatismo.—La cuestión política, como toda cuestión resuelta, ha venido, en mi opinión, á ser secundaria.—La libertad ya no es tópico debatido. La federación es dogma común y lo profesa todo el que medita. Por consiguiente, las contiendas políticas quedan reducidas á la estrategia de los círculos. De esa política no entiendo ni quiero entender una palabra.—Un solo problema serio nos

queda en perspectiva en punto á organización: la cuestión *Capital*, resuelta por la lógica del principio federal en el sentimiento de la mayor franquicia para las libertades locales, pero que será peligrosa mientras esté pendiente otro grave *desideratum* social, que afecta la esencia de la democracia. Quiero decir, la *ubicuidad* y el culto de la ley, y la llamo cuestión social y no política, porque sólo espero de la educación y el tiempo esa fuerza conservatriz y activa de los pueblos libres, que disminuye la necesidad de los gobiernos, separándolos con la acción espontánea de la democracia.

Por lo demás, señores, encierran las instituciones argentinas gérmenes, que el pueblo aún no tiene fuerzas para desarrollar, y debemos culparnos á nosotros mismos de los hondos vicios de nuestro modo de ser.—Si es mentira el sufragio popular, y en consecuencia, es mentira el gobierno de la mayoría y mentira las responsabilidades de los mandatarios, no se abrogarán esos fenómenos con declamaciones ni con leyes, sino con la habilitación gradual del ciudadano para la democracia y la realización del individualismo responsable, soberano, íntegro,—la generación social del hombre norte americano y del gobierno de sí mismo.

Los medios son múltiples y eficaces. El fundamental es la educación. Digo, señores, que importa nacionalizar la vida y atender al problema social. Al hablar de educación debo explicarme. La actual escuela argentina es estéril porque

carece de motor filosófico y de destino moral. Conviene sustituirla, no por sistemas imitados por eficaces y hermosos que sean en distintas sociedades, siquiera tengamos de común la aspiración que los alimenta, sino con la escuela oriunda, hija de nuestras necesidades, consagrada á nuestra ciencia social y á extirpar vicios, originales como nuestros caracteres. La universalidad de la educación multiplicará un tipo sin el cual el drama republicano es absurdo. Abriendo horizontes delante de todos é infundiendo nobles ambiciones en las almas, el esfuerzo aislado levantará en hombros de sí mismo al carácter fuerte, y desde el punto de vista democrático, ese es el hombre, ese es Abraham Lincoln.

De la educación á la ciencia. Teorías y doctrinas inaplicadas, ved ahí la ciencia argentina, especie de física antigua, fórmulas y silogismos, á la manera de los que la vieja Salamanca levantaba para interceptar á la Europa las perspectivas de América. La economía argentina es un misterio.—Antes de descifrarlo, no obstante, ¿sobre qué fundamento soñáis apoyar el incremento de la riqueza pública y en consecuencia el bienestar común, y con la propiedad el hombre?

La literatura argentina! No permitamos, señores, que la vanidad nos extravíe y sea causa de eterno sonrojo el dictado que en tiempos no remotos nos discernimos á nosotros mismos, llamándonos atenienses.—Suprimid la *Cautiva*, el *Facundo* y una que otra página perfumada con el trébol de nuestras campañas, y vo os pregunto,

¿qué es la literatura argentina y dónde está?... Yo no la conozco, señores.—El canto de un grupo de poetas inspirados no constituye una literatura y menos cuando trae el tono falso de la imitación, que duplica la operación del ingenio: fingir el paisaje y la luz: la musa se enerva y el fruto es mezquino.—La savia de las literaturas es la vivacidad del modelo, que las hace originales y consistentes. Los desiertos argentinos y los panoramas primitivos de nuestra naturaleza grandiosa: la vida de caracteres gigantescos del gaucho y la sociabilidad peculiar de nuestros pueblos son las fuentes de una literatura bella y doblemente fecunda, porque á la vez nos dará gloria y nos identificará con nosotros mismos, vinculando la patria á los sueños del poeta y á los placeres más nobles del espíritu.

He tratado en otra conferencia la cuestión intelectual como se presentaba en nuestra sociedad en los primeros quince años de la independencia. El carácter del ingenio argentino es idéntico porque su decadencia de diez y siete años de una tiranía sin igual en barbarie entorpeció todo progreso hasta el movimiento que hoy día presenciarnos.—El argentino es poeta, señores.—Las cabezas reflexivas de las montañas se esterilizan por la mezquindad del teatro, y en los llanos y á la vera de los ríos se desenvuelven facultades imaginativas, que absorben la vida en la improvisación y el entusiasmo.—El argentino se identifica con sus visiones y cree poseer el ideal de sus amores patrios cuando sólo tiene sus

sombras.—Las esperanzas le arrastran y jamás se detiene en la aplicación: ama pero no investiga ni consolida. Desprecia los resortes elementales deslumbrado por la fascinación poética de su delirio, sin reparar en que esa libertad que adora, es sombra vaporosa cuando no se encarna en los detalles, cuando no se apoya en fórmulas prácticas que penetren toda la complexión social. Rectificar esas calidades y quebrar la omnipotencia de la improvisación es tarea, cuya trascendencia está á la altura de la educación primaria en la preparación intelectual de la República.

Por otra parte, señores: hay un elemento indispensable para la vida de los pueblos libres, proscrito también por la organización colonial y la turbulencia de la revolución democrática. Me refiero á la moral, y á la moral religiosa, la única en quien confío, que subyuga las pasiones, deslinda con firmeza lo bueno de lo malo, reprimiendo por su unidad simplicísima la licencia del mandatario perjuro, la usurpación del derecho ajeno y esos delitos que ensalza el criterio viciado en el cinismo, por hondos y amargos que sean sus resultados contra el principio legítimo de las democracias.

Sí, señores, cuanto tienda á estampar en las almas el sentimiento del deber, cuanto acerque el hombre al hombre, dome el egoísmo urbano y disipe el tremendo equívoco que nos divide y desiguale la entraña y profunda eficacia para consolidar la armonía en que estriban el orden y la libertad.

Y perdonadme, por fin, que os ponga una vez más en frente del fantasma, con cuya enhiesta figura tropiezo en cualquier dirección donde vuelva la vista, por cuanto abarca la edad histórica de mi país. En él se reasume la cuestión social, como en sus contiendas la filosofía de la historia y en su redención las esperanzas radicales de la libertad.

Nuestros estudios nos han enseñado cuán indispensable es redimirlo, porque no hay libertad sin igualdad: cuán indispensable es identificar todas las fuerzas populares, porque no hay libertad sin armonía.—Pero tengo una duda que me amarga el alma. Si ese pobre gaucho tan infeliz y tan fuerte: tan infeliz, señores, que lo azotan los vivos y los muertos, los ignorantes que vienen y los tiranos que van, los Felipes que dan la tierra al conquistador, los Rosas que la entregan á los verdugos, la encomienda y el enfiteusis, y el *boleto de sangre*, la administración rosina intacta aún en las campañas y la obscuridad colonial apenas desflorada: tan infeliz digo, y tan fuerte que en el día de enojo, desalentado hiere la tierra con la planta como el dios antiguo y hace brotar, elegante y ágil, con la crin flotante y los músculos estremecidos, el misterioso caballo de Facundo: si ese gaucho encontrara en la reforma social de nuestra presente democracia el hogar y la dignidad, que busca, el fin de sus sacrificios sin par y sin laurell...

La semana argentina aún no ha terminado, y el día del reposo está lejano. No queráis

apresurar el sábado, porque la obra será mezquina.

Señores: Voy á terminar.—La revolución argentina fué democrática por el concurso unánime de las masas. Todos eran mártires y todos se levantaron, constituyendo con este hecho el carácter de la nueva sociedad que partía de la suprema esclavitud á la suprema libertad. Los extremos se tocan. El pensamiento revolucionario se aisló, y en frágil barca de ilusiones se arrojó á dominar los turbulentos mares en que su sociabilidad antigua exacerbada y frenética buscaba otro nivel al impulso de sus pasiones. Mientras la teoría exótica deliraba bajo el flamante gallardete, las olas se apiñaban sobre la espalda de la borrasca y una vez y otra vez la estrellaron en la piedra del escándalo, la anarquía, la abyección y el despotismo. El instinto conservador dijo el potente *Quos ego*..... La paz mostró su clara sonrisa, y mal que cuadre al cínico ambicioso que pueda jugar la suerte de los pueblos al azar de sus candidaturas: mal que cuadre al fanático educado bajo el pobre criterio de intereses momentáneos, Dios y el pueblo dicen la santa palabra del porvenir: *Libertad!* siempre *Libertad!*—Mas, ¿cómo sino en el hogar y en la propiedad: cómo, sino en la persona democrática desenvuelta por la educación: cómo, en fin, sino por la armonía de las fuerzas sociales y la nacionalización de la vida? Si nos pesan viejas preocupaciones, al mar, señores, aligeremos la nave. Así salvan los marinos del naufragio.

Señores! Desenvolviéndose en la revolución y el martirio el pueblo se ha hecho libre y fundado la patria sobre horrendos sacrificios. Ah! que no se encarne de nuevo la tiranía, cuyo crujiente esqueleto se desliza entre las flores de la esperanza y las espinas del trabajo! La patria pide Igualdad. La Libertad pide hombre. Tal es la voz profética de la historia que pregunta: ¿dónde está el ciudadano? y observa su laurel incorruptible para el día en que el bardo que canta en las rocas del Plata las glorias de la patria, pueda señalar envanecido al gaucho, olvidado de la pulpería, de la leva, y el puñal y sentado en el pretorio de los jurados y en el capitolio del legislador.

Señores: Ya he concluído. Os prometí estudiar como corolario de mi curso la Constitución Nacional y el cuadro histórico, que determinó su sanción y sus reformas.--La gravedad y el interés de la materia exigen la más decidida atención y he resuelto consagrarle mi curso del año venidero. La lección de la historia no queda por eso incompleta, y sólo me resta deciros una palabra que me es personal.—Estoy profundamente conmovido y grato ante la manera generosa y bella con que nos despedimos al fin de nuestros trabajos. Voy á reposar, señores, saboreando vuestras bondades y el encanto que las damas han querido esparcir sobre nuestras severas labores.—Ignoro si he llenado vuestros deseos. Sólo sé que he satisfecho mi conciencia, abriendo mi alma sin arrogancia y sin cobardía, y abandono la tri-

buna lleno del santo amor de la verdad, que he procurado enseñar, enseñando la justicia, el derecho y la libertad. Os dije la primera noche en que nos conocimos: no pertenezco á la preclara estirpe de los que pueden abandonar este mundo cantando con Horacio: *non omnis moriar*, ni traigo la necia pretensión de pedirlos la encina del Tasso ni el laurel sagrado de Ovidio. Una sola cosa aspiro á merecer de mis compatriotas: la fama del hombre honrado y la modesta simpatía del zapador norte americano.

He dicho.